

su gloria, como cultivador del habla castellana, basta reconocer que sin desdoro de sus predecesores, alcanza esta en sus manos nueva flexibilidad, elevación y brillo, hermanando dignamente los progresos hechos por el arte dentro de la primera mitad del siglo XIV.

Repitámoslo, para concluir este estudio: abrazando todos los intereses de la vida, erigiéndose, á la manera del Rey Sábio, su constante modelo, en maestro universal de sus compatriotas, ganaba don Juan para sí el respeto de sus coetáneos y la admiración de la posteridad; admiración que sube de punto, al recordar los sinsabores y conflictos que sin cesar le rodearon. No faltan sin embargo escritores que hallen notable contradicción entre su carácter histórico y la gran representación moral que le han dado sus producciones; pero no careciendo de clave semejante contradicción, bien será que oigamos su explicación de boca del mismo prócer, para comprender plenamente el sistema, á que sujetó siempre su conducta. «Quando contienda ove con alguno (exclama), siempre esperé que el tuerto que se leuantesse dél. Et las cosas que ove de començar, en que avia alguna grand aventura, siempre pensé si me podría parar al mayor contrario, si acaesciesse; et si entendí que me podría parar á ello, et si non, dexé de lo començar. Et en las otras obras, como de rentas ó de labores, acoméndelas siempre en tal recabdo que en faziéndose las unas, se fazian las otras; et non se embargauan las unas por las otras. Et ante que lo començasse, sienpre caté ónde lo podría acabar. Et en las cosas que ove á fazer de algunas sciencias ó de algunos libros ó de algunas estorias, esto fincaua de lo del tienpo que avia á dormir»¹. Tan señaladas palabras terminan pues el retrato político de este ilustrado guerrero y dan exacta norma del inextinguible amor, con que desde su juventud se consagra al cultivo de las letras.

¹ *Libro del Cavallero et del Escudero*, cap. L., folio 28 del cód. S. 34. Don Juan Manuel siguió constantemente esta política y aprovechó en igual forma sus ócios.

CAPITULO XIX.

SUCESORES DE D. ALFONSO EL SABIO.

Nuevos cultivadores del arte simbólico.—Carácter general y tendencia de sus obras.—El LIBRO DE LOS ENXEMPLOS.—Estructura, índole y fin moral del mismo.—Fuentes literarias que reconoce.—Predominio de la literatura eclesiástica.—Juicio de tan singular monumento.—El LIBRO DE LOS GATOS.—Carácter especial del mismo.—La Sátira.—Consideraciones sobre la sátira en la España del siglo XIV.—Uso del apólogo en el *Libro de los Gatos*—La sátira contra los vicios de los poderosos; contra los de uno y otro clero; contra los de todas las clases del Estado.—Caractéres literarios del apólogo en el *Libro de los Gatos*.—Correspondencia entre la sátira y la elocuencia sagrada.—La Orden de predicadores y fray Jacobo de Benavente.—Su VIRIDARIO.—Objeto de esta obra.—Su exámen.—Su importancia en orden á las costumbres del clero.—Significación del apólogo en el *Viridario*.—Fray Juan Garcia.—Sentido histórico del apólogo, en su *Regimiento de los Principes*.—Inclinación de los estudios á la historia antigua.—La *Crónica Troyana*.—Su representación literaria.—Consideraciones generales.

Las obras del renombrado Archipreste de Hita y del ilustre don Juan Manuel han sido para nosotros piedras miliarias que fijan el camino hecho, hasta mediar el siglo XIV, en la literatura nacional por las formas didáctico-simbólicas, fundiéndose al cabo en un mismo crisol el apólogo derivado de la antigüedad clásica por medio de la literatura latino-eclesiástica y el apólogo que reconocía directamente su origen en los libros indo-orientales, traídos al suelo español por los sectarios de Mahoma. El arte, que se revestía de las referidas formas, aspirando á tomar carta de na-

turaliza en las producciones del rey don Sancho y del Cardenal Barroso, llegaba á su más completa granazon en manos de aquellos esclarecidos ingenios, cumpliendo todas las condiciones de su existencia, al legar á las edades futuras en sus peregrinas producciones clarísimo espejo de las costumbres, y barómetro seguro de la ilustración, de los sentimientos y de las creencias.—Festivo, irónico, mordaz, esgrimía el Archipreste el azote de la sátira sobre todas las razas y gerarquías del Estado, y revelando á las gentes un mundo especial que sólo podía conocer el sacerdote, exageraba los mismos cuadros, que se ofrecían á sus burladoras miradas con abigarrado colorido: grave, circunspecto, fijando su vista en lo porvenir y ganoso de labrar la felicidad de sus compatriotas, atendía don Juan Manuel á generalizar las nociones de la moral y de la ciencia, adquiridas en la escuela del Rey Sábio, entre la turbulenta nobleza de Castilla, combatiendo al par las preocupaciones que dominaban en su tiempo y obedeciendo, apesar de sus propios intereses, la ley del humano progreso, que aun en medio del tumulto de la anarquía señorial iba levantado el dominio de la inteligencia sobre la bárbara opresión del hierro.

Extraordinario interés nos ha ofrecido este espectáculo, hallando sometida á esa doble fórmula literaria la vida intelectual de un gran pueblo.—Mas, como no puede menos de comprenderse, al estudiar las obras de Juan Ruiz y del señor de Peñafiel, no fueron solos en la España. Central estos cultivadores del arte didáctico-simbólico, durante la primera mitad del siglo XIV. Inexplicable sería en efecto la historia de las letras españolas, si aun reconocidas las causas que producen tan sorprendente desarrollo, de la suerte que dejamos notado, no diera cumplida razón de otros monumentos de igual naturaleza, menos importantes en verdad por la idea generadora que les dá vida, bien que no menos dignos de maduro estudio por lo que son y representan. Y esta ley que aplicamos á la historia de nuestra literatura, tiene asimismo entera confirmación en las de todos los pueblos: al lado del Dante hallamos por ejemplo en la de Italia los nombres de Fazio degli Uberti, Federico Frezzi da Foligno y Armenino Boloñés, quienes en su *Dittamondo*, en su *Quadriregno* y

en su *Istoria Fiorita*¹ recogen los preciosos relieves de aquel arte levantado á tan sublime altura por el genio inmortal de la *Divina Commedia*: al lado de Boccacio encontramos tambien á Franco Sachetti y Sir Giovane Fiorentino, quienes en su *Trecente novelle* y en su *Pecorone* reflejan la riqueza atesorada en *Il Decamerone*, peniendo unos y otros de resalto el doble movimiento intelectual que agitaba á la península italiana. No de otra manera debieron florecer y florecieron pues en la ibérica señalados cultivadores del arte simbólico al lado de don Juan Manuel y del Archipreste de Hita, ora secundando en vida de estos ingenios sus loables esfuerzos, ora imitándolos despues de su muerte y cuando ya se preparaba la literatura patria á experimentar una de sus más notables transformaciones.

Limitándonos ahora á los primeros, bien será advertir que antes de mediar el siglo que historiamos, se ofrecen en efecto al exámen de la crítica no despreciables producciones que nos revelan el doble fin, propuesto al escribir las suyas, por el príncipe don Juan y por el aplaudido Archipreste. Animadas unas del espíritu civilizador, que tiende á dar cima á la total restauración de los principios de la moral y de la justicia, proclamados en

¹ De los poemas de Uberti y Frezzi dan largas noticias Tiraboschi, Ginguené y otros historiadores literarios: no así de la *Istoria Fiorita*, libro «fatto é composto per Messere Armannino, giudice de Bologna» que no recordamos haber visto citado sino en la glosa de los *Proverbio* del marqués de Santillana. Esta circunstancia nos movió á examinar el MS. que poseyó dicho prócer y se custodia hoy en la biblioteca del señor duque de Osuna, cuando en 1852 dimos razón de los libros que tenia en su cámara (*Obras de don Iñigo Lopez de Mendoza*, págs. 597 y siguientes). El poema de Armenino ofrece la misma forma literaria que la *Divina Commedia*: guiado por Fiorita, en quien aparece representada la Naturaleza, penetra el autor en una espesa selva, donde se ofrecen sucesivamente á su vista los poetas, filósofos y héroes de la antigüedad, recorriendo los hechos más notables de la fábula y de la historia, hasta narrar la de Roma, con la cual termina todo el libro. Este que estimaron mucho nuestros eruditos del siglo XV, nos advierte al final que fué comenzado «nel mille trecento venti, aunque complito nel mille trecento ventinove». El códice del marqués de Santillana está escrito á dos columnas en rico pergamino, exornado de orlas é iniciales de colores, y tiene la antigua marca P. II, lit. M. núm. 8.

nómbre de la doctrina evangélica; inspiradas otras por el noble aliento de la protesta, engendrada por la misma oposicion de la fuerza al logro de aquella salvadora idea, apoderánse de la forma meramente simbólica, ó ya se inclinan á la sátira, para poner correctivo á la soltura y extravío de las costumbres. No han llegado por desgracia á nuestros días todas las obras que debieron escribirse en uno y otro sentido dentro del indicado periodo, ni hemos podido aumentar el catálogo de los españoles ilustres con los nombres de los autores de las que á dicha poseemos. Mas no ha sido poca la de que en medio de los trastornos padecidos por la patria y apesar de la ineuria y desden con que se han visto de ordinario estos monumentos, se hayan transmitido hasta nosotros producciones tales que determinan cumplidamente el ya referido movimiento, descubriendo una faz nueva de aquel arte que parecia tocar á su último desarrollo.

Dos son las obras principales en que puede hacerse este fructuoso estudio, comprendidas ambas en un mismo códice, cuya conservacion es debida á uno de nuestros más celosos bibliófilos ¹. Pudiera tal vez ponerse alguna duda respecto de la época en que hubieron de escribirse; pero sobre no consentirla racional el estado de la lengua, propio de la edad en que don Juan Manuel florece; sobre ser muy claras y terminantes las relaciones artísticas que las colocan en dicho periodo, hallamos en ellas frecuentes alusiones al estado moral y político de Castilla en

¹ Poseyó este importante y solitario MS. el diligente don Benito Maestre, quien le tenia en tanto aprecio que lo consideraba como prosecucion del *Conde Lucanor*. No juzgamos nosotros lo mismo, por las razones que verán nuestros lectores; y sin embargo creemos que el señor Maestre, al sacarle de la oscuridad en que lo halló y conservarle en la preciosa coleccion de novelas, que adquirió á su fallecimiento la Biblioteca Nacional, hizo uno de los más señalados servicios á las letras españolas. Es el códice referido un volumen en 4.º, escrito en grueso papel y letra del siglo XV, si bien ofrece notable diferencia desde el fóllo 135, en que comienza el segundo tratado, á que en el texto nos referimos. En el lomo se lee: *Libro de los Enxemplos*, título que hubo de tomar el encuadernador del que originariamente llevaba y conviene á la primera de dichas obras, segun en la siguiente nota mostraremos. Se custodia este interesante MS. en la Bibl. Nacion., y lo ha incluido en el tomo de prosistas anteriores al siglo XV (pág. 443) el académico don Pascual Gayangos.

aquel tiempo de revueltas, y datos históricos que tomados con todo rigor, nos obligarian quizá á ponerlas en el primer tercio del siglo XIV. Nadie ignora en efecto que obedeciendo los reyes de Aragon y Castilla los mandatos de Clemente V y cediendo este Sumo Pontífice á las sugerencias de Felipe, el Hermoso, fué en ambos reinos extinguida la Orden militar de los Templarios, de 1310 á 1313. Censurándose en el apólogo XXVII de los comprendidos en la segunda obra las costumbres de las Órdenes religiosas que más poder y riquezas alcanzaban á la sazón, entre las cuales se mencionan los monejs blancos y prietos [del Cistel y benitos], extiéndose la sátira á las militares «que traen ábitos con cruz», especificando individualmente á los caballeros «del Espital, et á los TEMPLEROS et á los de Sanct Johan», todos generalmente conocidos. Nada indica en tales palabras que hubieran dejado de existir los *templarios* en los reinos de Aragon y Castilla, al componerse este apólogo, sin duda uno de los más originales que produce nuestra literatura de la edad media; y como no es humanamente posible suponer que ignorase, quien así la perseguia con la sátira, si habia sido extinguida ó no dicha Orden; como en el caso afirmativo, seria ociosa y por demás irracional la censura, razonable parece concluir que si no todo el libro, fué al menos escrito el precitado apólogo antes de 1313. Mas sin que exageremos esta casi demostracion histórica, y teniendo en cuenta las razones de arte arriba apuntadas, lícito juzgamos asegurar, cual va insinuado, que son ambas obras coetáneas de don Juan Manuel y del Archipreste de Hita, perteneciendo fundamentalmente al mismo desarrollo literario que estos ingenios personifican y abanderan. Pocos esfuerzos habremos menester para transferir al ánimo de nuestros lectores semejante convencimiento, que surge naturalmente del exámen de ambas obras.

Llevaba la primera el título de *Libro de los Enxemplos* ¹ y

¹ Para nosotros no cabe duda en que tal fué el título, con que se distinguió la numerosa coleccion de apólogos, cuentos y fábulas, en cuyo exámen entramos. Al ser unida á la que lleva el de *Libro de los Gatos*, para formar un solo volumen (si ya no es que ambas copias se hicieron por disposicion de un solo erudito, aunque por distintos amanuenses), natural pa-

distinguese la segunda con el nombre de *Libro de los Gatos*, siendo en verdad muy diferentes los medios literarios empleados en una y otra, bien que sea virtualmente uno mismo el fin moral á que las dos se encaminan. Apartándose de los primitivos modelos indo-orientales, donde como en el *Pantcha-Tantra* y el *Sendebár*, y por imitacion en la *Disciplina clericalis* y el *Libro de los Castigos* del rey don Sancho, en el *Poema* de Juan Ruiz y en el *Conde Lucanor*, se fingia una accion y cuadro general, al cual se enlazaban sucesivamente los apólogos, contribuyendo á formar la unidad del conjunto, presentábalos el *Libro de los Enxemplos* con absoluta independencia de toda fábula principal, mostrándose cada uno con fin propio, circunscrito á un solo punto de doctrina y produciendo una leccion distinta. Ni era esta la única diferencia de forma que ofrecia el *Libro de los Enxemplos*, al ser comparado con las producciones de que sustancialmente se derivaba. Admitido en las escuelas clericales de tiempo antiguo, ensayado en el estudio de las artes liberales, segun antes de ahora comprobamos ¹, y tenido á la sazón como el más á propósito para facilitar la enseñanza, adoptó el autor del *Libro de los Enxemplos* el orden alfabético para reglar los apólogos, cuentos

rece que se fijára el encuadernador en la primera foja, donde aquel título se contenia, sacándolo de allí para escribirlo en el lomo del MS., conforme ya notamos. De esto, que se halla repetidamente confirmado en multitud de códices, así de la Biblioteca Escorialense como de las Toletana, Nacional y otras, nos persuade la misma naturaleza de la coleccion referida: despojada de todo artificio, que como el *Libro del Conde Lucanor*, el de los *Castigos* ú otro semejante, alcanzára á justificar y dar origen á un nombre determinado, sólo le convenia lógicamente el genérico de *Libro de los Enxemplos*, pudiendo en todo caso suponerse que, á usar de sumo rigor, lo más que debió su autor intitularlo, atendido el orden alfabético con que lo dispone, era *Vocabulario de los Enxemplos*. Mas como sea el nombre de libro más sencillo y usual en toda la edad media, y se distingue ya con él y el aditamento de *los Gatos* la segunda obra de las comprendidas en el códice, no siendo lícito creer que aludió á ella el que escribió el título del lomo, tenemos por cosa demostrada que el autor de la coleccion, de que hablamos, la señaló con el mencionado de *Libro de los Enxemplos*, propio para expresar su contenido.

¹ Véase el capítulo VIII de la I.^a Parte, en que tratamos de las obras de San Isidoro de Sevilla.

y fábulas de que se compone, despojándolo así de toda ilacion filosófica y reduciéndolo á la categoría de simple repertorio, bien que curando enriquecerlo hasta el punto de encerrar hoy trescientos noventa y siete anécdotas, sometidas al referido sistema ¹. Pero hay más: las sentencias morales, políticas ó religiosas, que en los libros indo-orientales y en sus primeras imitaciones se deducian de la inmediata aplicacion de los apólogos, y que no sin novedad habia formulado don Juan Manuel en expresivos disticos ó *viessos*, colocándolos al pié de los capítulos del *Conde Lucanor*, servian ahora de índice y epigrafe á los cuentos y fábulas del *Libro de los Enxemplos*, los cuales eran en suma la explanacion simbólica de aquella doctrina, así preestablecida, y expuesta al par en lengua latina y en variedad de metros castellanos.

Muestran todos estos caracteres exteriores, que en tal manera quebrantaban la tradicion propiamente oriental del arte didáctico-simbólico, cuán grande era en los escritores españoles el deseo de hacerlo enteramente suyo, sometiéndolo á nuevas condiciones de vida y poniéndolo en más estrecha relacion con las tradiciones latino-eclesiásticas, que tanto dominio alcanzaban entre los eruditos. En el vario y singular poema del Archipreste de Hita sorprendimos la fusion de la fábula esópica y del apólogo indo-oriental, que se habian derivado á nuestra vulgar literatura por encontrados y distantes senderos: en el *Conde Lucanor*, recibido ya aquel peregrino maridage, vimos á don Juan Manuel acudir á nuevas fuentes, pidiendo al par anécdotas y *semejanzas* á la historia patria y á la piadosa historia de los santos: en el *Li-*

¹ Debemos advertir que el códice carece de varias fojas (y en nuestro juicio no pocas) al principio; lo cual se evidencia, observando que sometidos los apólogos al orden alfabético, el primero de los conservados pertenece ya á la dición *Confessio* y estriba en la sentencia: «Confessio devota debet esse et lacrymosa».

Muy devota et con devocion, mucho valle la confesion.

Faltan pues no sólo los comprendidos en las letras A y B, mas todos los que caen entre las sílabas *Ca* y *Conf.*, que atendida la riqueza que en ellas tiene la lengua latina, debieron aumentar considerablemente el número total de los *enxemplos*.

bro de los *Enxemplos*, escrito con miras más generales y enriquecido tal vez con exceso, vemos puestos en contribucion cuantos libros formaban la biblioteca del hombre reputado á la sazón por docto. Los filósofos, historiadores y poetas de la antigüedad clásica, que más reputación lograban en la edad-media; los evangelistas y los apóstoles; los Santos Padres y los doctores de la Iglesia; los fundadores de Órdenes religiosas y sus historiadores; los expositores y canonistas que tanta estimación tenían dentro y fuera de España; los moralistas y los poetas sagrados, los casuistas y los juriseconsultos, en una palabra, cuantos escritores pudo allegar su erudición y diligencia, ministraron al autor del *Libro de los Enxemplos* materia abundante para tan numerosa colección, no sin que dejaran de contribuir igualmente á acaudalarla los libros de la India, tantas veces imitados, las leyendas arábigas, hoy desconocidas ó perdidas en su mayor parte, y las obras españolas que llevamos examinadas ¹. Máximas y sentencias mo-

¹ Larga sería la nómina de las autoridades que cita el autor del *Libro de los Enxemplos*, si nos propusiéramos mencionarlas todas: para que pueda comprenderse cuál era el carácter de la erudición en la edad á que pertenece, juzgamos sin embargo oportuno indicar que, demás de los libros agiógrafos, tales como la Biblia, los Evangelios y las Cartas apostólicas, hace mención en la parte de literatura eclesiástica de las obras de San Dionisio Areopagita, San Gerónimo, San Agustín, San Gregorio, San Casiano, San Macario, San Isidoro, el venerable Beda, Pedro Lombardo y Pedro de Cluni (Cluniego), Maestre Alano y Ricobaldo de Ferrara (en el *Libro del Pomo, Pomarium*). Contrastan todas estas citas con las de los filósofos y poetas Aristóteles, Policrato, Séneca, Cicerón, Ovidio, Macrobio y Boecio, y con los de los historiadores Josefo, Valerio, Ptolomeo, Vegecio, Orosio y Trogo Pompeyo, no siendo menos dignos de notarse otros diversos libros que, ó citados con títulos poco exactos ó perdidos para la moderna erudición, contribuyeron también á enriquecer la obra que examinamos.—Entre otros nos llaman la atención el *Libro de las trufas* (burlas) de los *pleytos de Julio César* y el *Libro de las Animalias*, distinto del de las *Fabliellas*, conocido ya por nuestros lectores é igualmente citado en el *de los Enxemplos*. En cuanto á las fuentes propiamente orientales, sobre la *Disciplina clericalis*, de que hablaremos despues, y los *Libros de Bidpay* y de *Sendebár*, es indudable que hubo de conocer el colector de los *Enxemplos* otras leyendas, familiares sin duda en el siglo XIV y ahora olvidadas, pues que hallamos algunos apólogos, que trayendo visiblemente aquel origen, no existen en ninguna de las obras referidas. Del *Libro de los Castigos* del rey don

rales, políticas, religiosas, higiénicas y económicas, adaptables á todas las situaciones de la vida y á todas las clases de la sociedad; apólogos, cuentos, fábulas, anécdotas históricas y semejanzas, propios, ya para moderar la conducta de reyes y magnates, caballeros y soldados, labradores y menestrales, ya para reglar la de prelados y sacerdotes, monjes y monjas, condenando en unos la ambición y el orgullo, la liviandad y la ignorancia, censurando en otros la codicia y la soberbia, la hipocresía y la vanagloria, y recordando á todos lo deleznable y perecedero de las cosas humanas, todo es debido en el *Libro de los Enxemplos* á la inmensa lectura de su autor, que antepone de este modo el lauro del erudito á la gloria del verdadero ingenio ¹.

Y tan grande es el afán que en este punto le distingue, que no sólo recorre el ancho campo de la erudición, para cosechar en él las flores que más bellas le parecen, sino que dominado del prestigio que tienen entre los eruditos ciertas obras, imítalas ó tradúcelas por completo, si bien la misma necesidad de subordinarlas al plan general de su libro, le obliga á presentarlas en diversos fragmentos. Esta importante observación, que se confirma al leer entre los *Enxemplos* la mayor parte de las anécdotas comprendidas en los *Diálogos* de San Gregorio ², halla también inequívoco comprobante en la *Disciplina clericalis* del converso

Sancho, del *Conde Lucanor*, del poema del Archipreste de Hita y hasta de las *Cantigas* del Rey Sábio, hallamos con frecuencia conocidas huellas, manifestando así que ó todas estas producciones le fueron conocidas ó consultó el autor del *Libro de los Enxemplos* los mismos documentos literarios que tuvieron aquellos á la vista.

¹ Entre los diversos elementos que acopió el autor, para dar precio á su obra, no debe darse al olvido la circunstancia de haberla acaudalado de no pocos refranes vulgares, bien que sometiéndolos á la fórmula generalmente aceptada para la exposición de la doctrina. Ya fuese que obedeciera un pensamiento propio, ya que imitara al Archipreste de Hita, mostró al obrar así, que reconocía el precio de estos populares tesoros de la filosofía moral, puesta á menudo en contribución por los más granados ingenios.

² Es muy frecuente leer al comienzo de las anécdotas, recopiladas en el *Libro de los Enxemplos*: «Cuenta Sant Gregorio en el diálogo»; «Dize Sant Gregorio en el diálogo» etc.; abrigando nosotros el convencimiento de que un exámen comparativo y minucioso daría el resultado que indicamos en el texto. Mas no creyéndolo de todo punto necesario, nos abstenemos de

Pero Alfonso, que conocida y estimada en casi todos los pueblos meridionales, mientras enriquecía ó tomaba plaza en sus diversas literaturas, era traducida del todo á la lengua castellana, siendo este uno de los títulos que más recomiendan al aprecio de la crítica el *Libro de los Enxemplos*¹. Dos siglos y medio habian transcurrido desde que el insigne converso puso en latin, para que sirviera de enseñanza á la *clerezia*, este memorable libro hasta el momento en que era romanzado, llegando á ser patrimonio de los que llevaban todavia el titulo de legos; y ¡cosa notable!... si al aparecer en la literatura latino-elesiástica, iniciaba en esta el elemento indo-oriental que hubo menester de siglo y medio para egercer verdadera influencia en la castellana,

entrar en este trabajo, que daría por otra parte excesiva extension á estas notas.

1 De las treinta fábulas ó apólogos, que encierra la celebrada obra de Pero Alfonso, hemos recogido hasta veinte y cinco entre las que se conservan del *Libro de los Enxemplos*, siendo muy verosímil que las restantes se contuvieran en las fojas que correspondian á las letras A y B, con parte de la C, hoy perdidas; lo cual no parece consentir dudas, cuando se advierte que los apólogos relativos á la prueba de la amistad, primeros de la *Disciplina*, caian naturalmente en la dición *Amicitia*. Estos cinco que faltan, se suplen fácilmente por la coleccion magna de fábulas y cuentos, que á principios del siglo XV se formó, por mandato del infante don Enrique, sobre cuantas antes existian; pareciéndonos probable que los apólogos de Pero Alfonso, contenidos en las *Fábulas collectas*, se tomaran directamente del *Libro de los Enxemplos*. Por manera que todos reunidos, componen la *Disciplina*, á excepcion del XXX y último de sus capítulos, que es el menos interesante y que en las versiones francesas fué sustituido por otro apólogo, tomado de los *Diálogos de Cesario*, escritor que pasó de esta vida al comenzar del siglo XIII.—Este cuento que censura las *donationes inter vivos*, tiene en lo conservado del *Libro de los Enxemplos* el numero LIII, con la siguiente máxima:

Donans omnia ante morte, cum clava percuciat in fronte.
Qui dá todo lo suyo ante su muerte
Meresce quel' den con mazo en la fruenta.

Al final del apólogo, cuyo héroe Juan Gavaza dá lo que tiene á sus yernos, viéndose de ellos abandonado, se pone su testamento en esta forma: «Yo Johan Gavaza fago este testamento: que qualquier que menospreçie á ssy, por dar lo suyo

A otro, commo fiso Johan Gavaza,
Que en la fruenta le den con esta maza.

al ser ahora traducida al habla vulgar, venia la *Disciplina clericalis* á dar razon del último desarrollo posible de la forma simbólica, próxima á ceder el imperio que habia egercido en la esfera de la inteligencia, á otra más nueva y vigorosa. No otra enseñanza nos dan, al aparecer desunidos y revueltos entre cien y cien cuentos y fábulas de distinto origen y naturaleza, los celebrados apólogos que la componen, desgajados ya de la sencilla accion que sirve de engaste á todo el libro y sometidos á un nuevo pensamiento, cuyo único fiador era el orden alfabético.

Hácese más sensible esta observacion critica, considerando que, á pesar del fin didáctico del *Libro de los Enxemplos*, quita á su autor el anhelo de acaudalarlo todo linage de escrúpulos respecto del carácter moral de los apólogos que en él acumula, no respetando la castidad de los oidos de sus lectores y dando con frecuencia claras señales de que, logrado su propósito, le eran los medios indiferentes. Causa es esto de que al lado de un apólogo en que, siguiendo por ejemplo las huellas de San Agustín ó de San Gregorio, se pintan la austeridad y eficacia de la penitencia, ó ya se pondera la santidad de la limosna y de la oracion, hallemos un cuento, en que se bosquejan con no menos vivos colores las artes de la seduccion y las travesuras y engaños de cínicas Trotaconventos, autorizándose al par con otros cien pintorescos relatos las más absurdas y groseras preocupaciones¹. Justo es consignar no obstante que si en medio del

Las fábulas de Pero Alfonso llevan en el *Libro de las Enxemplos* los números 29, 30, 83, 89, 90, 91, 111, 123, 127, 130, 146, 180, 224, 225, 243, 308, 312, 324, 334, 335, 340, 350, 364, 365, 383; pero como se comprenderá desde luego, no siguen el orden que en la *Disciplina*.

1 Con decir que incluyó todos los apólogos verdes, que Pero Alfonso tomó del *Libro de Sendeban*, está probado que no padeció de escrúpulos el colector del de *los Enxemplos*. Los más peligrosos son los comprendidos en las voces *Foemina*, *Mulier* y *Vetula*, donde se ponderan las artes y engaños de malas mujeres con excesiva ingenuidad. Debe prevenirse, no obstante, que en los siglos medios no se hacia el alarde que hoy de la castidad en la palabra, acaso porque no habian menester las costumbres del velo de la hipocresía tantó como ahora. Respecto de las preocupaciones á que aludimos, baste citar el cuento XVIII de los conservados, en que habla del dia-